
Poemas

Juan Antonio Masoliver Ródenas

Soñaba que Luis Maristany,
Benet Rossell y Alberto Blecua
eran ángeles que volaban:
les oía reírse, se alejaban,
volvían, reían y volaban
y yo estaba en el suelo
con mis pies de barro.
Era ameno su vuelo, me consolaba,
me ayudaba a creer en Dios,
era una criatura, entre mis lágrimas,
feliz. De pronto oí un grito
desgarrador, como una madre
pariendo a un hijo muerto
y me desperté: a mi lado, roto,
estaba el cuerpo de Luis
y no encuentro consuelo ni
Dios en este cielo vacío
de ángeles.

¿Qué es lo que se apaga o ilumina
cuando al bajar por las escaleras
de la muerte llegamos al vestíbulo,
al pequeño jardín de los adioses?
Para siempre se abre la puerta
de la gran pradera del silencio.
¿Qué ha dejado de haber para siempre
y qué ocupaciones o sufrimientos,
cosas que dijeron y no son?
Tu rostro era una luna
en nuestro cielo, los caballos
perdidos en el agua, las viejas
en la puerta del colegio.
Alguien ha de ayudarnos, alguien
ha de borrar estos recuerdos: no
quisiera vivir en la nostalgia
como dólmenes o monedas o
pañuelitos de seda de aquella vez.
Que no haya luz ni oscuridad ni vida
en tanta muerte: que no haya nada
para siempre.

Oh cuerpo que he deseado vorazmente
y que ahora, muerto, empaña el corazón
de la memoria. En calles de barandas,
en cristales sin luz, en los ocacos
del mar estabas ausente y estás
aquí como un dolor sin límites. Cuerpo
que supliqué y que ahora invoco
como aves del sueño nunca vistas
o los juegos de niños en las calles
de las casas lejanas del verano.
¿Es polvo o polen este amor?:
sus astillas de luz en las paredes
blancas de los cielos de Altea
de noche, cuando vuelven del puerto
los muertos a recordar sus casas
perdidas en los laberintos
de guijarros, como madres
que han perdido sus hijos y lloran
en sus tetas henchidas de leche
o como tú cuando, desnuda
en la pinaza, me dejaste
de amar y te vestías y tu cuerpo
se fue y ahora regresa, roto,
sucio de tierra, como un cántaro
abandonado y con el agua corrompida
que ahora bebo.

¿Es seda o tela de araña
el amor que estás tejiendo?
Amor de fango en el pozo
del mediodía del sueño,
de barcas abandonadas
en la avenida del viento:
caminos que recorremos
y llevan a un solo espejo
y alguien arroja una piedra
y allá está el amor de nuevo,
sus añicos como vidrios
en las calles del recuerdo
y en los ojos las arañas
del corazón tejen lienzos.

Como cerdos que hozan en el lodazal
de los recuerdos agobiados por las joyas
y las hojas secas, así el amor,
los días en el viento de la playa,
los colores de cal, tu cuerpo
en la luz del cielo y yo
en mis lágrimas, llorándome
a mí mismo, ajeno a ti,
a la joya en las heces, a la luz
de tu cuerpo. Pues vivimos
en pozos o en prados sucios
donde nos besamos o arañando
espejos para encontrarnos y
la mano sucumbe al estiércol
y al carbón y lejos, en la luz
de la cocina, como en el interior
de las campanas del mediodía,
aventando la ceniza, la boca
de ceniza que besaba tu boca
y ahora en su silla rota,
en su mesa gastada, en el hedor
de lo que fue y hurgaba
buscándome en su muerte, jugando
en un jardín, o en la ventana,
desnuda, ajena al crujido
de los espejos, a la lluvia que ciega
el topacio en el barro de los muslos.

Le digo a Claudio, el torpe,
el que ama más que los humanos
y llora la vida
ácidamente hundido en lodazales.
Claudio, el temerario
hijo de la desgracia, ajeno
a los tugurios y a la amistad,
entregado al fracaso, ciego
a los consejos de los que sufren
su tanta vileza, como estos niños
perdidos en el bosque
de los sueños que llaman
a la puerta de chocolate o
apartan los guijarros del camino
y huyen hacia la choza de las brujas
perdidos para siempre en bosques
de los que no saldrán
ni despertarán, y estamos
los que odiamos el amor, hombres
y niñas que han vivido mucho,
gritando y suplicando,
abrazando las lágrimas
de tanto desconsuelo. Y yo
le digo a Claudio: "Claudio,
amigo: no te espante tu infortunio
pues sólo los que han descendido
a las ciénagas del dolor
conocerán la dicha de la ascensión",
y él no puede escuchar,
está enfangado en el amor,
no quiere huir y yo me voy
porque Leticia, la razón
de su llanto, me está esperando
en la cama de su casa
con felina complacencia
para lo que ella llama jovialmente
su desayuno en la hierba.